

EDITORIAL

Configuraciones actuales del malestar: la subjetividad en las fronteras del abordaje clínico y el sufrimiento social

Desde la publicación de *El malestar en la cultura*, en 1930, las ciencias sociales se familiarizaron con la idea de que la vida en sociedad descansa sobre la producción de un malestar psíquico inextirpable, producto de la condición estructural que tendría la represión para la configuración de la subjetividad, el lazo social y las instituciones.

Si bien los contornos de este malestar son expuestos con detalle en *El malestar en la cultura*, sus bases atraviesan el conjunto de la obra freudiana y se explicitan, para el nivel colectivo o “antropológico”, en *Tótem y tabú*, de 1912, donde se desarrollan los alcances desestabilizadores del surgimiento de lo que Freud denomina, en ese momento, instancia crítica. La articulación entre vida social y subjetividad se lleva a cabo tomando como piedra angular la culpabilidad, tanto en las instituciones como en la psique. En efecto, en concordancia con una investigación de carácter “histórico-conjetural”, Freud (1991 [1912]) forja, a través de la descripción de la culpa, su teoría de la cultura (o civilización), que es, a la vez, una radiografía del malestar subjetivo. Por esta razón, tal como ha destacado la psicoanalista Marta Gerez-Ambertin (1993), este trabajo es, en lo que se refiere a los vínculos entre subjetividad y sociedad y al carácter fundante de la culpa, una obra “arquimédica”.

Arquimédica porque, basándose en las tesis de Darwin, Freud nos expone lo que debería comprenderse como un mito sobre el origen de la vida en sociedad. En este mito presenta la vida de una horda primitiva gobernada por un padre tiránico, que goza del monopolio sexual sobre las hembras y cuyo rasgo distintivo es la primacía (aparente) de una fuerza bruta, gracias a la cual reina sin contrapeso entre los miembros de la horda. Sin embargo, se trata de una primacía relativa, como lo muestra posteriormente, en un segundo tiempo del mito, con la confabulación de los machos dominados que termina con el asesinato del padre. Este asesinato, que puede parecer a simple vista como una liberación, es, en realidad, una reorientación de la fuerza que originalmente ejercía el padre primordial (*Urvater*).

¿Qué quiere decir esto? ¿En qué consiste esta reorientación? Quiere decir, como señala Eugène Enriquez (1893), que el verdadero padre, el padre que vale cultural y socialmente, es el *padre muerto*. Y la culpa adquiere, en relación con él, su relevancia decisiva. Para Freud, en definitiva, la sociedad nace cuando el odio que desata la violencia homicida es incorporado por la horda como autoagresión culposa. Es más, es esta autoagresión la que permitiría explicar, según Freud, el tránsito desde la horda hacia una primera forma de sociedad, construida sobre la base de un padre muerto que, no obstante, continúa viviendo bajo la forma de la ley. Este padre muerto, a la vez amado y odiado, reverenciado y temido, será para Freud el origen de todas las formas de divinización, moral y religión y, en esa medida, el zócalo de todo orden social y la sombra irreductible del malestar subjetivo.

Gracias a él, “tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión” (Freud, 1991 [1912], p. 144).

El esquema freudiano de *Tótem y tabú* evolucionará hacia nuevas formulaciones que enriquecerán sus diferentes elementos: culpa, subjetividad, cultura, sociedad. En *El malestar en la cultura* se prolongarán algunas de las tesis de *Tótem y tabú*, aunque con sensibles ajustes, y se plantearán otras nuevas, como consecuencia de la postulación del concepto de pulsión de muerte (Freud, 2020 [1920]). El antagonismo entre subjetividad y cultura, entre individuo y sociedad (dos pares que no son equivalentes, pero que guardan relación), aparecerá bajo nuevos ropajes, redefiniendo los contornos del malestar desarrollados en *Tótem y tabú*. Por ejemplo, una sentencia categórica de *El malestar en la cultura*, en la que Freud afirma: “la libertad individual no es un patrimonio de la cultura” tiene plena sintonía con las ideas expuestas en su obra anterior (Freud, 1991 [1930] p. 94).

Sin embargo, esta frase que resume el precio ineludible que correspondería pagar por el ingreso al orden social, y que puede traducirse como una renuncia pulsional obligada –la insatisfacción estructurante del malestar subjetivo– adquiere ribetes específicos que complican la argumentación de *Tótem y tabú*. Estos se vinculan a una reformulación del concepto de represión, de sus condiciones, de sus objetivos y de sus efectos. La represión de la vida sexual no será la única –ni la principal– fuente de malestar. A pesar de que Freud señala, en sus primeros apartados que “la vida sexual del hombre culto ha sufrido un grave daño” (Freud, 1991 [1930], p. 103), lo central será la progresión tanática de su argumentación y el lugar que tendrá la represión en la regulación de la pugna entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. La cultura, que en *Tótem y tabú* es considerada como el factor principal de mutilación de la sexualidad, aparece, desde el apartado VII de *El malestar en la cultura* como una aliada de Eros frente a las amenazas civilizatorias que acarrea la pulsión de muerte, sobre la que Freud dirá: “la cultura encuentra en ella su obstáculo más poderoso” (Freud, 1991 [1930], p. 117).

A pesar de la complejidad creciente que fue adquiriendo la elaboración freudiana del malestar, a pesar de los tránsitos sutiles que lo llevaron a reformular sus raíces entre 1912 y 1930, desde muy temprano se hicieron oír voces que plantearon su disconformidad con el esquema general de Freud. Gran parte de estos planteamientos surgieron desde las ciencias sociales, que veían en el psicoanálisis un “marco de referencia inmóvil” (Elias, 2010), es decir, abstracto y generalista. Norbert Elias fue uno de los intelectuales que más enfatizó el aspecto restrictivo del modelo freudiano para pensar el malestar, poco sensible a las variaciones sociales e históricas que lo condicionan:

Freud a bien vu que les fonctions d'autorégulations connues sous les noms de “raison” et de “conscience” se développent tout au long de ce processus. Mais il lui a semblé commode de conceptualiser la formation de ces fonctions autorégulatrices comme s'il

s'agissait d'objets statiques ; il les a appelées "moi", "surmoi" ou encore "idéal du moi"¹
(Elias, 2010, p. 132).

La afirmación con la que Freud cierra el primer párrafo de *Psicología de las masas y análisis del Yo*, que ha tenido posteridad como un indicador ideológico claro de la sensibilidad freudiana frente a la influencia de los contextos sociales, y que señala que "la psicología individual es simultáneamente psicología social" (Freud, 1992 [1921], p. 67), se revelaría, a los ojos de Elias, como insuficiente para comprender las especificidades históricas de toda formación social. Por esta razón, entre otras, Elias apeló a la formación de una disciplina inexistente, pero que debía ser construida: la psicología histórica.

La Escuela de Frankfurt, por su parte, desde diferentes puntos de vista y con una orientación crítica más enfática que la de Elias, también destacó las insuficiencias de un psicoanálisis que no dialoga con las ciencias sociales o que no contempla, para su teorización, la sociedad histórica concreta en la que las subjetividades se producen: instituciones, clases sociales, credos religiosos, régimen económico, etc. En *El dogma de Cristo*, Erich Fromm (1994) dirá, por ejemplo, "intentaremos en primer término describir la situación total de la clase social en la que tuvo origen la primitiva fe cristiana, y comprender el significado psicológico de esta fe en términos de la situación psíquica total de estos hombres" (p. 17). Horkheimer (2003), a su vez, destacará que "la psicología tendrá que penetrar en estos factores psíquicos más profundos, por medio de los cuales la economía determina al hombre [...]. Condicionada en esta forma por las relaciones sociales dadas, es absolutamente imposible emplearla de la misma manera" (p. 32). Y Marcuse (1983), que trabajará desde diferentes ángulos las articulaciones entre psicoanálisis e historia –y más específicamente, entre psicoanálisis y materialismo dialéctico– para combatir la deshistorización de los conceptos centrales de Freud, en especial de la pulsión de muerte y de sus eventuales derivas "trágicas", que podrían alimentar una significación de su obra como si se tratara de un profeta de las tinieblas, que pregona la inevitabilidad de la destrucción, dirá que:

El instinto de la muerte es destructividad no por sí misma, sino para el alivio de una tensión. El descenso hacia la muerte es una huida inconsciente del dolor y la necesidad. Es una expresión de la eterna lucha contra el sufrimiento y la represión. Y el mismo instinto de la muerte parece ser afectado por los cambios históricos que afectan esta lucha (p. 43).

Después de estas críticas al concepto de malestar, tempranas pero que se extendieron durante toda la segunda mitad del siglo XX y parte del XXI, existe un consenso amplio en torno a que este no puede pensarse exclusivamente desde el marco de interpretación del psicoanálisis ni de la psicología. O bien, ambas disciplinas requieren de una especificación

¹ Freud vio bien que las funciones de autorregulación conocidas bajo el nombre de "razón" y de "conciencia" se desarrollan a lo largo de este proceso. Pero le pareció cómodo conceptualizar la formación de estas funciones autorreguladoras como si se trataran de objetos estáticos; las llamó "yo", "superyó" o incluso "ideal del yo" (Trad. de los autores/as de la editorial).

histórica de sus conceptos o bien requieren articular sus conceptos con marcos de análisis complementarios, provenientes de otras ciencias sociales, como la sociología, la economía y la historia. La bibliografía contemporánea respecto de los malestares subjetivos está profundamente marcada por ambas tendencias, y salvo algunas excepciones, la mayoría de quienes trabajan hoy sobre malestares subjetivos asumen, con mayor o menor grado de explicitación, su deuda con disciplinas adyacentes que le confieren a la fisonomía del malestar rasgos específicos. Aquí convergen psicoanalistas, sociólogos, historiadores, economistas y también filósofos y literatos. Una sensibilidad común impide abordar los malestares contemporáneos desatendiendo a sus condiciones sociohistóricas particulares, a la porosidad de sus fronteras y a los signos inéditos que los distinguen.

Así, el psicoanálisis se esfuerza de manera cada vez más acuciosa por comprender *Las nuevas enfermedades del alma* (Kristeva, 1995) ligadas a transformaciones históricas que darían cuenta de malestares –y en el límite, de enfermedades– que se resisten a ingresar en la nosografía psiquiátrica y psicoanalítica tradicional. Ello genera nuevos perfiles psicopatológicos inclasificables (Miller, 1999) y empuja a la elaboración progresiva de una “psicopatología histórica” (Narot, 1990) que dé cuenta de mutaciones sociales que producen –tal como lo indicó Norbert Elias a lo largo de su trabajo– profundos cambios en la economía psíquica. “Estamos frente a una mutación que nos hace pasar de una economía organizada por la represión a una economía organizada por la exhibición del goce [...]. Esto implica deberes radicalmente nuevos, imposibilidades, dificultades y sufrimientos diferentes”, dirá Melman (2005, p. 16). Jean Pierre Lebrun, en el prefacio al libro de este autor, *El hombre sin gravedad*, nos indica también: “las transformaciones de nuestras sociedades, luego de la conjunción del desarrollo de las tecnociencias, de la evolución de la democracia y del florecimiento del liberalismo económico, nos obligan a reinterrogar a la mayoría de nuestras certezas de ayer” (en Melman, 2005, p. 10).

Entre las certezas más cuestionadas o, mejor dicho, la que se ha vuelto más débil, a propósito del malestar y sus configuraciones actuales, es justamente aquella que permitía establecer una línea de separación clara entre malestares de origen social, más o menos intensos, y un sufrimiento individual de carácter patológico. Teniendo esto en consideración, un énfasis desequilibrado en las fuentes sociales del malestar, ¿no podría comprometer el concepto mismo de psicopatología, disolviendo cualquier enfermedad del alma en una patología social o, incluso, en una patología de la razón? (Honneth, 2009). Y, en un exceso de signo contrario, desconocer los alcances del orden social en la configuración del psiquismo, ¿no podría consolidar la tendencia a una patologización individual que se sustrae de la conflictividad política y social de la que los individuos y sus subjetividades, a través de sus padecimientos, son siempre una caja de resonancia? En el entrecruzamiento de ambas preguntas se delinear territorios de fronteras móviles, en los que se encuentran y desencuentran saberes, normatividades, universos morales, afectos, sensibilidades, mentalidades, políticas públicas y nuevos imaginarios concernientes a la salud mental.

Cada uno de los artículos que a continuación presentamos recorren estos territorios y aportan con elementos de relevancia para comprender estas facetas contemporáneas del malestar. Danilo Martuccelli nos describe detalladamente, con especial atención al contexto latinoamericano, la evolución histórica del malestar, vinculándolo a una dinámica sociológica variable relativa a las diferentes estrategias de contención de los individuos: moral, legal, social y fáctica. Mandela Muniagurria, a través de un análisis de la significación actual del concepto de lo común, desde el trabajo de Judith Butler y Jorge Alemán, expone la relación difícil y opaca que se teje entre subjetividad y sociedad. Ángela Cifuentes, por su parte, presenta una investigación en torno a las prácticas discursivas que han configurado el problema de la salud mental en la educación superior en Chile, mostrando cómo se infiltran, a través de dispositivos manageriales, lógicas de gestión neoliberal que han permitido pensar el malestar más allá de sus marcos tradicionales de interpretación.

En otro artículo, a partir de una revisión sistemática de literatura, Yudi Rivera expone los supuestos y las dificultades que reporta la aplicación de las comprensiones y definiciones de salud mental en la infancia. Con este mismo foco en la salud mental infantil, pero a través de un trabajo empírico, Emerson Piantino y Karinne Regis, dan cuenta de los recursos desplegados por los profesionales de la salud para identificar las marcas físicas y psicológicas provocadas por la violencia intrafamiliar hacia niños, niñas y adolescentes. Por último, en la sección de ensayos, Emilia Ganem, Fabián García y María Sol Romero trabajan sobre los vínculos que el malestar tiene con el cuerpo o, más bien, describen las diversas encarnaciones corporales del malestar contemporáneo –entendiendo a este último como un duplicado no homólogo del cuerpo biológico, que opera como una superficie de inscripción significativa en la que este último se *escribe*–, pero también las posibilidades para su tratamiento.

Por su parte, además de las publicaciones del dossier que aquí presentamos, el presente número cuenta con otros textos generales de gran interés. En primer lugar, dos artículos que, si bien no hacen parte del debate planteado por la convocatoria realizada, desde otros ejes dan cuenta de ciertas transformaciones sociales que perfectamente podrían entrar en diálogo con la pregunta respecto a las dimensiones del malestar subjetivo en la época contemporánea. A partir de un estudio cualitativo, Mariana Valenzuela analiza cómo el ideal de la igualdad se articula como un marco interpretativo sobre las relaciones de pareja heterosexuales, dando cuenta de cómo este horizonte normativo es traducido en una serie de expectativas y sentidos que se ponen en juego en la relación de pareja. En una línea diferente, desde la metodología de la historia conceptual de Reinhart Koselleck, Rommy Morales Olivares, Andrea Silva-Tapia y Pedro Cárcamo Petridis realizan un recorrido histórico sobre el concepto de dignidad en el pensamiento filosófico de Occidente, dando cuenta con ello de ciertas transformaciones normativo-políticas implicadas en el uso histórico de este ideal que recientemente ha sido ampliamente posicionado por algunos movimientos sociales.

Por último, en diálogo con la publicación del número 39 de *Castalia*, Roque Farrán presenta un ensayo donde reflexiona respecto de los procesos de subjetivación derivados de lo que él denomina “capitalismo epistémico” y, más específicamente, “fetichismo de la evaluación” a partir de una conversación con el artículo de David Pavón Cuellar publicado en ese volumen. En concordancia con las preocupaciones teóricas y políticas de estos autores, y ampliando las reflexiones presentadas por Emiliano Jacky, también en dicho número, para cerrar resulta interesante la presentación que hacen Andrés Durán, Paula Barraza y Camilo George-Nascimento del libro *Vidas diseñadas: Crítica del coaching ontológico*, editado por Daniel Álvaro, donde destacan los alcances que tiene ese dominante dispositivo en la producción de subjetividad.

Carolina Biénzobas Gwynn, Universidad Academia Humanismo Cristiano

Daniella Mirone Muñoz, Universidad Academia Humanismo Cristiano

Nelson Beyer Cárdenas, Universidad Academia Humanismo Cristiano

REFERENCIAS

- Elias, N. (2010). *Au-delà de Freud : Psychologie, sociologie, psychanalyse*. París: Fayard.
- Enriquez, E. (1983). *De la horde à l'État : Essai de psychanalyse du lien social*. París: Gallimard.
- Freud, S (1991 [1912]). *Tótem y tabú: Obras Completas, volumen XIII*. Amorrortu, Argentina.
- Freud, S. (1991 [1930]). *El Malestar en la Cultura Obras Completas, Tomo XXI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992 [1921]). Más allá del principio del placer, psicología de las masas y análisis del yo: Obras completas XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2000 [1920]). Más allá del principio del placer. Madrid: Akal.
- Fromm, E. (1994). *El dogma de Cristo*. Barcelona: Paidós.
- Gerez-Ambertin, M. (1993). *Las voces del superyó: En la clínica psicoanalítica y en el malestar en la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Honneth, A. (2009). *Patologías de la razón: historia y actualidad de la teoría crítica*. Buenos Aires: Katz editores.
- Horkheimer, M. (2003). *Teoría crítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kristeva, J. (1995). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra.
- Marcuse, H. (1983). *Eros y civilización*. Madrid: Sarpe
- Melman, Ch. (2005). *El hombre sin gravedad: Gozar a cualquier precio*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
- Narot, J. F. (1990). Pour une psychologie historique: Introduction à une enquête sur les patients d'aujourd'hui. *Le Débat*, 61, 168-187.